

www.elboomeran.com

**Velibor Čolić**  
**MANUAL DE EXILIO**  
**CÓMO APROBAR SU EXILIO**  
**EN TREINTA Y CINCO LECCIONES**

TRADUCCIÓN DE LAURA SALAS RODRÍGUEZ

**EDITORIAL PERIFÉRICA**

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2017  
TÍTULO ORIGINAL: *Manuel d'exil.*  
*Comment réussir son exil en trente-cinq leçons*  
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez  
MAQUETACIÓN: Grafime

Este texto ha gozado del apoyo  
del Centro Nacional del Libro francés y  
del Consejo del Departamento de Bouches-du-Rhône  
en el marco de una residencia en la asociación  
Peuple & Culture de Marsella.

© Éditions Gallimard, 2016  
© de la traducción, Laura Salas Rodríguez, 2017  
© de esta edición, Editorial Periférica, 2017  
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001  
info@editorialperiferica.com  
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-16291-44-1  
DEPÓSITO LEGAL: CC-49-2017  
IMPRESIÓN: Kadmos  
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total  
o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre  
y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

*Vida modesta y exilio, pero libertad.  
Techo pobre, cama pobre, comida pobre.  
¡Qué importa que el cuerpo pase estrecheces  
mientras el espíritu esté a sus anchas!*

VICTOR HUGO

*Toda la desgracia de los hombres proviene  
de la esperanza.*

ALBERT CAMUS

Tengo veintiocho años y llego a Rennes con tres palabras de francés por todo equipaje: Jean, Paul y Sartre. También llevo mi cartilla militar, cincuenta *Deutsche Mark*, un boli y una gran bolsa de deporte desgastada, color verde aceituna, de marca yugoslava. Su contenido es escaso: un manuscrito, algunos calcetines, un jabón deforme (parece una rana muerta), una foto de Emily Dickinson, una camisa y media (para mí, una camisa de manga corta sólo cuenta como media camisa), un rosario, dos postales de Zagreb (sin usar) y un cepillo de dientes. Estamos a finales del verano de 1992, pero voy vestido como para una expedición polar: dos chaquetas pasadas de moda, una bufanda larga, y en los pies las botas de ante, dadas de sí, tras sufrir diez mil mordiscos de la lluvia y el viento. Soy un caballero liviano, un viajero de rostro marcado por

un frío metafísico, el último grado de la soledad, del cansancio y de la tristeza. Sin emociones, sin miedo ni vergüenza.

Suelto la bolsa ante la estación de Rennes y observo largamente mi nueva tierra.

Murmuro una queja estúpida e infantil, a sabiendas de que las palabras no pueden borrar nada, de que mi lengua ya no significa nada, de que estoy lejos, y de que ese «lejos» se ha convertido en mi patria y mi destino... Tengo la sensación de estar sumergido en un universo acuático en el que todo gesto, todo movimiento, toda palabra están ahogados en un silencio inquietante. Como un sueño del que no se despierta uno, un extraño ballet de dos mundos que no se tocan. Recojo el equipaje y bajo a la calle. Camino despacio como un paseante dominguero. Al fin y al cabo, no tengo ninguna prisa. En circunstancias menos trágicas podría haberme sentido libre como un vagabundo. Salvo que aquí ando simplemente en busca de un parque y de un banco para descansar y considerar, por fin, mi primera noche en Rennes. A mis pies, el pequeño sendero del parque es tan blanco que me da la impresión de caminar sobre plumas. En esta magnífica tarde de verano el camino está ornado por las hermosas flores blancas llamadas, a causa de su belleza, encaje de la reina Ana. Ya sentado noto que el cielo prepara

una lluvia pesada como el acero. Hay pocas nubes, el firmamento sigue azul, corriente, el viento tímido, pero siento que el buen Dios me tiene reservada en la olla una ducha fría para darme la bienvenida a esta ciudad. El parque Tanneurs está en calma. A mis pies, las largas sombras de los árboles dibujan un sorprendente arabesco, similar a un cuadro apenas animado que se agita perezosamente ante mis ojos. Durante un breve instante intento dotarlas de una forma lógica. Busco al Todopoderoso allí donde debe estar: en la naturaleza, como si el Viejo Barbudo también se hubiese maravillado ante ese breve instante de calma majestuosa. Evidentemente, pienso en la muerte. Pero poco, lo menos posible. Para que me dé menos miedo, hace semanas que voy aprendiendo a vivir con una idea muy simple, muy poco filosófica: todo se detiene bruscamente y se hace el negro absoluto. La memoria queda suprimida. Me imagino la nada como un espacio sereno situado en algún lugar entre el cielo y las hojas de los plátanos, que tiemblan apenas bajo la leve brisa. Me pongo a fumar, y todo queda claro en el momento que sigue a las primeras gotas de lluvia. Ya no siento el banco, menos aún la furia o la tristeza. Caen las gotas, haciendo el mismo ruido que un ejército desfilando. Como si arrastrasen trabajosamente tras de sí las almas de los difuntos.

Dibujan rosas mojadas sobre el asfalto y forman pequeños charcos parecidos a espejos. Luego la lluvia, burlona, se pone a regatear con las latas de conserva vacías y las bolsas de plástico. Hay en ella algo lascivo, como en los ojos de las mujeres borrachas atormentadas por el insomnio. Ya no siento miedo, aunque tampoco es que esté rebo-sante de valor. Escucho la lluvia al cobijo de un árbol. Desengañado.

Soy soldado. Sé distinguir el olor de un cadáver humano de todos los demás olores, sé que la peor herida es la herida en el abdomen y que todos los muertos tienen el rostro sereno y cerúleo de quien se marcha. No llevo casco en las trincheras. No dejo de temblar, vomito a escondidas, le escribo epitafios a mi país y llevo una bandera bosnia en la manga de la camisa. Mis compañeros dicen: «Qué buen croata, mira, está a favor de Bosnia...». Soy soldado. Por la noche me emborracho y canto con mis compañeros bellas baladas tristes mientras sueño con convertirme en otra cosa, sea cual sea: una hormiga, un árbol, un pájaro, una serpiente. Sueño que ya no soy un hombre. En vano. Soy soldado. Tengo mi Kaláshnikov, mi cuerpo inútil, un libro de Emily Dickinson y una oración de San Agustín, copiada cuidadosamente en letras mayúsculas en mi diario de guerra.

Tengo miedo. Me hago mis ocho horas de trinchera con una abrumadora llama fría en el vientre. Disparo sobre un enemigo invisible, después vomito a escondidas y me imagino en otro lugar, donde sea. Cuanto más desesperada es mi situación más dulces son mis sueños. Sueño con la seda que ciñe y perfila los cuerpos femeninos, sueño con el cielo y el mar, con las mañanas saladas de Dubrovnik y con la nieve, con las plumas de mi infancia que decoran con generosidad nuestras colinas, cada año sin excepción, entre las dos Navidades, la católica y la ortodoxa. Sueño con trenes y lluvia, con besos y con las chicas más guapas del instituto.

Me veo simple como una piedra o un árbol en este mundo y este tiempo sin fin. Me convierto en rey de las hormigas y de las moscas, soy el comandante de las nubes: antes de ir a la trinchera, las convoco para que desfilen y les ordeno que abandonen de inmediato nuestro cielo para encontrar otro azul en algún otro sitio, más tranquilo y sensato. Soy un blanco perfecto. Los francotiradores serbios me ven regularmente la cabeza, las piernas o el torso. No sé por qué nadie me dispara. Probablemente porque es demasiado fácil. No soy un trofeo valioso, al final mi vida vale menos que una bala de fusil de las que se compran en el mercado negro.

Sé que ya no represento nada para nadie. Ni siquiera soy ya un ser humano. Soy sólo una sombra entre las sombras.

Llego a Francia tras un largo trayecto por la Europa dormida. Atravieso Croacia, Eslovenia, Austria y la Alemania reunificada. Atravieso el escandaloso silencio y la indiferencia del mundo, la noche estrellada y el rocío matinal, las pequeñas carreteras rurales y los largos ejes transversales de las autopistas reblandecidas por el calor. Levanto y perforo las cenizas del difunto telón de acero, aún bien visible en los códigos de vestuario y en la arquitectura. Lloro tras una estación de servicio en Austria, sollozo ante una pared de ladrillos, bajo un neón, al ritmo de una música que me murmura *moonlight shadow, moonlight shadow* a lo tonto, tercamente, como para recordarme una vez más que me hallo al final de mi primera vida. El comienzo de mi segunda existencia como exiliado anuncia una larga temporada de emociones clandestinas. Una temporada dura, fría y adulta.

Nada nuevo al oeste, me digo, una frontera, luego otra. Los polis y la aduana, la aduana y los polis.

Estoy sentado en un banco en Rennes. Lluve un agua tibia y bendita sobre la ciudad. Poco a poco voy tomando consciencia de que soy el refugiado. El hombre sin papeles y sin rostro, sin presente y sin porvenir. El hombre de paso pesado y cuerpo deshecho, la flor del mal, tan etérea y dispersa como el polen. Ya no tengo nombre, ya no soy ni mayor ni joven, ya no soy ni hijo ni hermano. Soy un perro mojado de olvido en una larga noche sin alba, una cicatriz pequeña en el rostro del mundo.

Soy el refugiado.

Ahora y mañana.

Aquí y en otra parte.

Bajo la lluvia o al sol, en invierno o en verano.

Ante los hombres y ante las mujeres.

Ante los sabios y los locos, junto a los árboles y las hierbas.

Tanto en la ciudad como en el campo.

Soy el refugiado.

En la tierra como en el cielo.